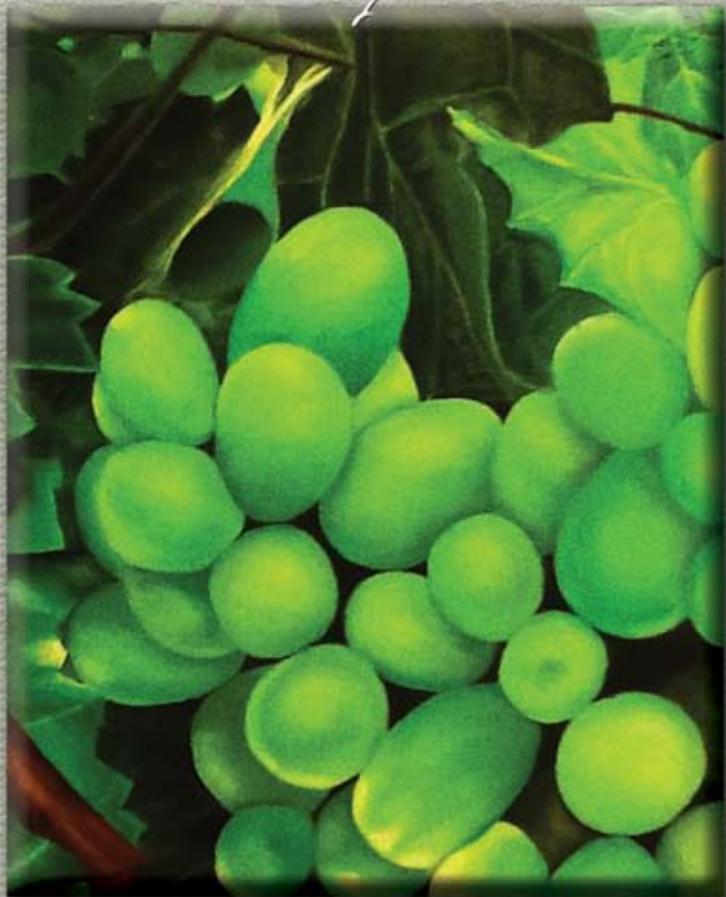


Ars médica

medicina y sociedad



Contenido

Un médico con ideales 3

Luis Muñoz Fernández

Sarmiento y polvo 9

Eduardo López

El cirujano Juan de Navarrete Argote 13

Siglo XVIII

Xavier A. López y de la Peña

Ars médica: Espacio dedicado a escritores y artistas miembros, o no, de la comunidad médica, quienes podrán aportar textos y obras artísticas que contribuyan a mejorar la cultura en salud de la comunidad.

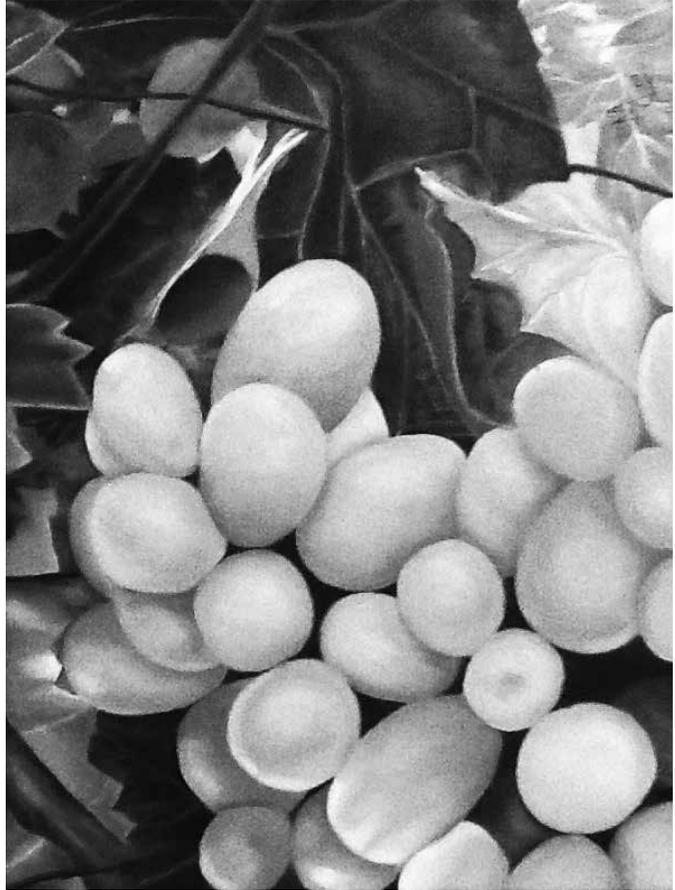
El formato diferente y su cualidad de dossier desprendible tiene por objeto su amplia difusión más allá del área del interés estrictamente médico.

LUXMEDICA

AÑO 9, NÚM. VEINTISIETE,
MAYO-AGOSTO 2014

La publicación de esta revista se financió con recursos del PIFI 2013

La obra artística de este número, es de la autoría de la M en DG Maricruz Esparza, profesora investigadora del Centro de Ciencias del Diseño y la Construcción de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.



Ars
médica

Un médico con ideales

Luis Muñoz Fernández

*La medicina ha de ser concebida como inherente a la fábrica social e inseparable de ella. Es producto de un entorno social específico. La base de cualquier estructura social es económica. La teoría y práctica económicas en este país se llaman capitalismo. Se fundamenta en el individualismo, la competitividad y el beneficio propio...
... y también millones de personas están enfermas, cientos de miles sufren dolor, y decenas de miles mueren prematuramente por falta de asistencia médica adecuada, que está ahí, disponible, pero que no pueden costear. El problema de la economía médica es parte del problema de la economía mundial y es inseparable e indiscernible de él. La medicina, como la practicamos, es una mercancía de lujo. Vendemos pan a precio de diamante.*

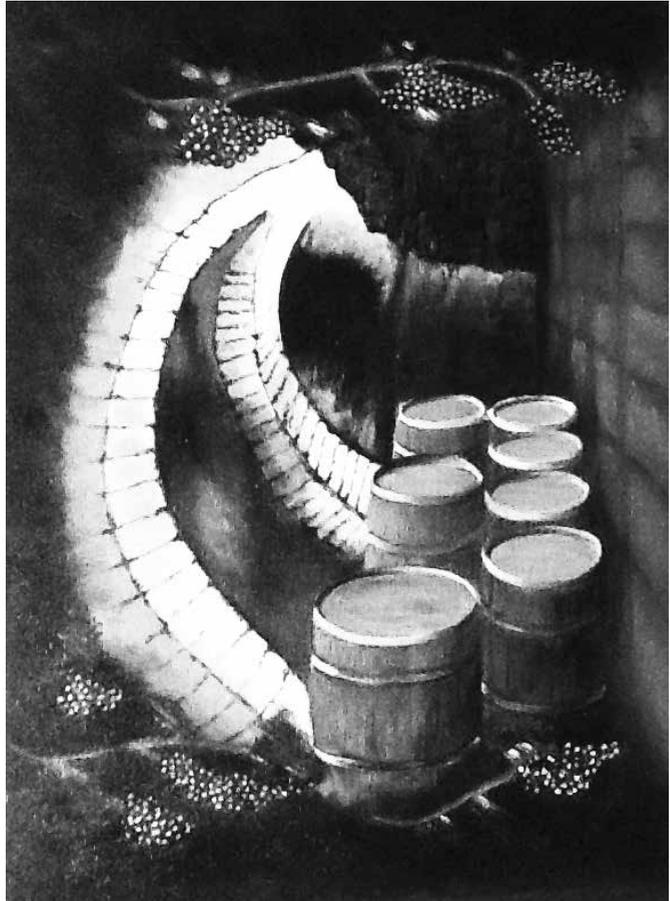
Norman Bethune. Charla sobre la medicina socializada, 1935.

El pasado 19 de marzo de 2014 fui invitado a impartir una conferencia ante la Sociedad Potosina de Estudios Médicos, una asociación civil fundada en 1951, de las más antiguas de San Luis Potosí, cuyos miembros se reúnen en una sesión semanal que se ha celebrado de manera ininterrumpida los últimos 63 años. Como en noviembre del año pasado ya había hablado sobre William Osler en la Facultad de Medicina de aquella ciudad, no podía repetir el tema. Y he aquí como el propio Osler me puso frente al personaje del que hablaría en esta ocasión.

A principios de este año recibí el último número del Boletín de la Biblioteca Osler de Historia de la Medicina. Al hojearlo, un artículo atrajo mi atención: Osler y Bethune: “hijos de la casa parroquial” y su “conjunción angelical de la medicina y la divinidad”. ¿Quién era ese Bethune del que hablaba el artículo? Su apellido me era remotamente conocido... ¿dónde lo había oído antes? Pronto caí en la cuenta de que lo había escuchado durante alguna charla familiar. La razón era muy simple: este médico había estado en la Guerra Civil Española.

Henry Norman Bethune nació el 4 de marzo de 1890 en Gravenhurst, a unos

1 E. A. Wallis Budge: *The Nile. Notes for Travellers in Egypt (El Nilo: apuntes para los viajeros en Egipto)*, pág. 145.



Ars
médica

150 km al norte de Ontario, Canadá. Su padre, Malcolm Nicholson Bethune, fue un pastor presbiteriano cuya rígida moral lo acabó apartando de su hijo. En cambio, para Norman resultó mucho más atractivo su abuelo paterno, de nombre Norman como él, que había sido médico, miembro del Real Colegio de Cirujanos de Londres y de Edimburgo, uno de los fundadores de la Escuela Superior de Medicina de Canadá y que, además, gozaba de cierto talento pictórico y literario. Como para equilibrar tal cantidad de dotes, el abuelo Norman tuvo dos graves defectos: su incapacidad para administrar el dinero y su debilidad por la bebida. Con esta mezcla de hebras contradictorias se fue tejiendo la compleja personalidad de Henry Norman Bethune: una singular combinación de la vocación médica de su abuelo con el sentido de la justicia y la enérgica dedicación al trabajo de su padre.

Ante las estrecheces económicas crónicas de su familia, Norman decidió trabajar como leñador en los bosques madereros del norte de Ontario, donde además se desempeñó sin mucho éxito como maestro de inglés de sus propios compañeros, la mayoría inmigrantes hechos a una vida dura.

Se inscribió en la Facultad de Medicina de la Universidad de Toronto en 1912. Dos años después, al estallar la Primera Guerra Mundial, se enroló como voluntario y participó en ella como camillero. En la segunda batalla de Yprès, Bélgica, fue herido de metralla en la pierna izquierda y tuvo que ser trasladado a Inglaterra para su recuperación. Regresó a Toronto y, tras una serie de cursos intensivos, se graduó como médico en 1916. Un año después, volvió a enrolar-

se como cirujano naval en el HMS Pegasus de la Armada Británica. Durante la famosa pandemia de influenza de 1918 –la mal llamada “gripe española”– cayó enfermo pero logró sobrevivir.

Tras una breve temporada en Ontario, regresó a Inglaterra. Tanto en Londres como en Edimburgo llevó una vida placentera dedicada a la compra y venta de obras de arte, dando rienda suelta a su pasión artística. En 1922, fue elegido miembro del Real Colegio de Cirujanos de Edimburgo, Escocia. Un año después, se casó con Frances Eleanor Campbell Penney, de la que se divorció en 1927. Se volvieron a casar en 1929 y se divorciaron por segunda y definitiva ocasión en 1933. No tuvieron descendencia.

En 1924, al terminar la luna de miel en la que se gastó casi todos sus ahorros, el doctor Bethune se estableció en un barrio marginal de Detroit, Michigan. Si bien en un principio tuvo poca clientela, o la que tuvo apenas le pagó o lo hizo en especie, poco a poco se fue dando a conocer como un hábil cirujano y llegó a convertirse en el cirujano de moda para las clases acomodadas. Sin embargo, nunca se sintió plenamente satisfecho con la práctica privada de la profesión.

En 1926 se le diagnosticó tuberculosis pulmonar, por lo que decidió internarse en el afamado Sanatorio Trudeau, junto al Lago Saranac, en la región boscosa de Adirondack, Nueva York. Como era habitual en la época. Sólo esperaba la muerte y pronosticó que ocurriría 1932. Tras leer sobre las bondades del neumotórax (el colapso pulmonar al insuflar aire dentro del tórax) para el tratamiento de la tuberculosis, se sometió a este procedimiento con muy buenos resultados. En diciembre de 1927 fue considerado



Ars
médica

curado y dado de alta. Posteriormente, se le realizó una sección del nervio frénico izquierdo “para hacer descansar a su pulmón”. Él mismo se practicó después varios neumotórax de refuerzo.

A partir de 1928 desarrolló una carrera fructífera como cirujano de tórax en Montreal, Canadá. Primero bajo la tutela del doctor Edward William Archibald en el Hospital Royal Victoria. Tras varios desencuentros con su tutor, fue despedido de aquel hospital, aunque luego fue nombrado Jefe de Cirugía Pulmonar en el Hospital del Sagrado Corazón en Cartierville, Montreal. Se dedicó a la docencia y a la investigación, desarrolló diversos instrumentos para mejorar la cirugía torácica y fue pionero en el uso de larvas de mosca para tratar los procesos piógenos crónicos. En 1935 fue nombrado Miembro del Consejo de la Asociación Americana de Cirugía del Tórax.

Con un marcado interés por la medicina socializada inexistente en aquel entonces, fundó con varios médicos canadienses, entre ellos Frederick Banting, uno de los descubridores de la insulina, el Grupo para la Seguridad de la Salud Pública de Montreal y en noviembre de 1935 se afilió al Partido Comunista de Canadá, una organización ilegal.

En octubre de 1936 se trasladó a España y allí organizó el Servicio Canadiense de Transfusión Sanguínea (el primero en su tipo) para auxiliar en el mismo frente de batalla a las tropas republicanas durante la Guerra Civil Española. Al enterarse del éxodo de miles de habitantes de Málaga que huían de

las tropas franquistas hacia Almería, haciendo a pie una travesía de 200 km bajo el bombardeo incesante de los aviones y el cañoneo de los barcos del General Franco y sus aliados alemanes e italianos, no dudó en poner su vehículo a la disposición de los que trataban de escapar para acelerar su traslado y ponerlos a salvo. Con sus acciones salvó a miles de seres humanos durante aquella sangrienta contienda. Tras regresar a Canadá en junio de 1937, siguió recolectando fondos a favor de la República Española.

En enero de 1938, durante la Segunda Guerra Chino-Japonesa, viajó a China para unirse como médico al Octavo Ejército en Ruta de Mao Zedong. A pesar de enfrentar carencias inimaginables, Norman Bethune trabajó como nunca en su vida. En una ocasión, llegó a realizar 115 operaciones quirúrgicas sin interrupción durante 69 horas. Además, organizó el sistema sanitario del ejército chino y fundó un hospital-escuela. Tras cortarse e infectarse con la herida purulenta de un soldado, el doctor Bethune falleció por septicemia el 12 de noviembre de 1939.

Por órdenes de Mao Zedong, sus restos reposan desde entonces en el Mausoleo de los Mártires Revolucionarios en Shijiazhuang. Mao dio a conocer la obra de Bethune en toda China y hasta hoy representa para aquel país uno de los más altos ejemplos de la solidaridad y la generosidad sin límites. Los chinos, que no podían pronunciar su nombre, lo llamaban Pai Chu, “el extranjero blanco enviado para salvar”.



Ars
médica

Sarmiento y polvo

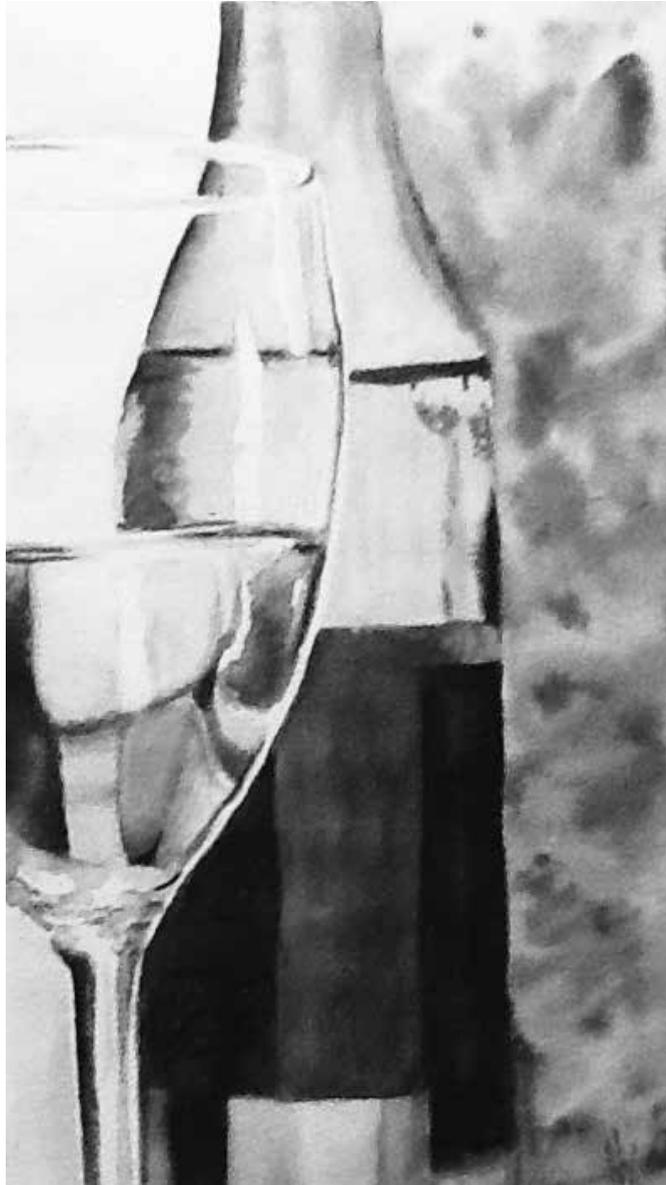
Eduardo López

Si bien es cierto que nada, excepto un mínimo detalle, es ahora secreto para mí, de cualquier forma quisiera saber cómo se ha dado esta causalidad. Estoy en el absoluto oscuro, aunque lo entienda como la plena conciencia, aunque no me atreva a afirmar que ésta es la verdad absoluta que tanto me preocupaba. Ahora, si es que hay un ahora, puedo entender que pudiera tratarse de que el origen y el final se han unido por alguna delicada cadena. Es muy posible que me encuentre en el hipotálamo cósmico. Ésta es una oscuridad perfecta, digo, algo así como el espíritu del ácido nucleico. Y es posible que sea la causalidad.

Recuerdo solamente un tibio hormigueo en la palma de una de mis manos ascendiendo con perfecta lentitud hasta el hombro. De ahí un descenso de regreso ardoroso hasta la punta de los dedos. Luego, dedo por dedo, el dislocamiento de la mano; así, hasta que los cinco dedos se hubieron desprendido y, en racimo, se posaron con sus yemas en la palma de la otra mano. La actividad se repitió punto por punto. En las piernas, igual, en el abdomen; en las caderas. El cuerpo fue otro

cuerpo. Y sí, exacto, hasta que mi cabeza andaba ya flotando en el aire, en tanto las otras partes del cuerpo, de un lado para otro, armándose y desarmándose, haciendo infinitos arabescos, las más absurdas y abominables posibilidades de corporeidad humana: los brazos arriba y abajo, las piernas a los lados, una cruz espeluznante con lo que debía ser el corazón, justo en el medio, coronada por las vísceras, rehilete magnífico, un juguete inconcebible que la supuesta razón pudiera desbocadamente fraguar.

Entiendo que eso fue mi primer conocimiento de algún absoluto. El tiempo desapareció, porque no existe. Mi cabeza entonces, “entonces” ¿cómo nombrar algo que no existe? Mi cabeza, digo, descendió hasta el piso, y así fue que mis dedos vinieron hacia ella y la despojaron de todas sus partes. Los dedos despellejaron, descarnaron, descabellaron. Los que habían sido mis ojos rodaron muy quietos por el piso, dejando una breve baba rosada tras ellos, producto del desprendimiento de los músculos oculares. Vi por las manos o por los huesos, porque los sentidos se andaban enredando. Oír por el filo de la uña, haber olido entre las pes-



Ars
médica

tañas enredadas. Estar disolviendo hacia la nada. Pero pensar justo desde la masa encefálica, no puede ser de otra manera.

Lo último que sucedió fue el desalojo de la calavera. Un acto muy delicado, como si un guerrero se despojara de su casco. A partir de eso, la oscuridad, el silencio, y algún absoluto. Pero necesito saber, y no sé por qué, cuál ha sido el detonador de todo esto. No puede haber efecto sin causa. Saber, saber, todo, menos eso. ¿Qué pudo haber sido? ¿Para qué? Causalidad o casualidad, como el cosmos. Todo sucede y todo se retribuye, hasta el espacio, que es posibilidad pura. O engaño de sí. De la piedra a la luz no hay diferencia, excepto algún mínimo y escandaloso accidente. Tal vez este pudiera ser el íntimo secreto del demiurgo, y por eso no lo sé, no debo.

El Ser se reduce a ser cerebro, es decir pura voluntad, ejercicio químico. El resto del cuerpo es la mera posibilidad. ¿Qué soy sino esto? Yo soy el cerebro, y el cuerpo es sólo la ejecución de la voluntad del Ser. Todos los miembros corporales están diseñados para la satisfacción cerebral. ¿Hay otra razón? Eso es también el demiurgo y su relación con el universo: cerebro y cuerpo. La mera posibilidad del pensamiento. Todo tiene por finalidad y causalidad el pensamiento, el ejercicio químico, pero necesito, no sé por qué, saber cuál ha sido mi causalidad. Pensar es la primera y última actividad; la única, lo demás es cuerpo, alimento, mano de obra. Luz, sonido, tacto, olor, gusto, conductores de satisfacción, sólo cuerpo para alimentar la fuerza, la vitamina para la química cerebral, aun si la dependencia de la corporeidad-espacio que anda desperdigada por ahí. ¿Quién piensa al demiurgo?

Y yo ya no tengo cuerpo, por tanto sólo puedo pensar. Me estoy desvaneciendo y, si un accidente favorable, otra causalidad se presentara, es posible que adopte otra corporeidad, pero sólo para seguir pensando. ¿Una piedra puede ser una corporeidad? Pero antes ¿antes de qué? De que suceda, como pensamiento puro, es decir, sin la contaminación de la corporeidad, quiero establecer esa mínima ley, antes de que mi cerebro se seque, es decir, me seque yo, para que el saber permanezca en mi Ser, aunque esto sea tan sólo el torrente de la nada, la permanencia de lo siempre aparente. *Solve et coagula*. Estoy en el punto cero y es necesario, creo, pienso, que el cero sea en verdad número, es decir, que si es la nada, negarlo y Ser. El cero cuenta, vale. Desaparezco para reaparecer necesariamente Soy número, el cero que ya se revitaliza; el numen en este espacio.

Me es urgente aquí tenerlo registrado. ¿Qué fue? ¿Estrechar la última mano? ¿quién sabe si haya sido rozar con mi mano, por equivocación, el vientre abultado de una mujer, porque todo comenzó con una mano. Pero ahora una multitud de imágenes acude a la fotografía central. Un martillo, una mariposa muerta, el sudor de la frente, mi mano agitándose al viento para decir adiós ¿Qué ha sido? Ah, el desmayo ha comenzado, el cero tiembla...el trigo, las piedras, el agua...entro en agua sólida...mis lágrimas...la manzana seca...mi semen...¿Qué ha sido? La debilidad es suprema...mi mano rasgando una puerta...dislocamiento dimensional...la puerta rasgada...



Ars
médica

El cirujano Juan de Navarrete Argote. Siglo XVIII

Xavier A. López y de la Peña

Las primeras noticias que conocemos de este personaje español, en la villa de Aguascalientes, datan de los años 1705 y 1706 en los que varias personas (Fabiana Gallardo, Nicolasa Cortés Mudarra y otros) le otorgan Cartas Poder para atender tanto asuntos civiles y criminales, como para pleitos y cobranzas. El 26 de enero de 1707 obtuvo el título de Alguacil Mayor de la villa por la cantidad de 350 pesos, precio del remate que se hizo de dicho título, por la renuncia que hiciera del mismo, don Juan de la Cueva. Juan de Navarrete Argote se casó con María Cortés de Ayala y tuvieron como hijo a Venancio Nicolás, español, que fue bautizado el 9 de abril de 1707 siendo sus padrinos, el capitán (en este documento sabemos que tenía un rango militar) don Juan de Navarrete Argote, Alguacil Mayor de Aguascalientes y Fabiana Gallardo de Loera. Más adelante, el 16 de octubre de 1709, el capitán Juan de Navarrete Argote renuncia al cargo de Alguacil Mayor de la Villa argumentando “encontrarse

enfermo de achaques” según afirma en el siguiente documento:

“M.P.S. el capitán don Juan de Navarrete Argote, Alguacil Mayor de esta Villa. Dijo que yo he estado ejerciendo otro oficio [el de cirujano, como adelante anotamos] en virtud del (...) grave fue despachado y porque no puedo en lo de adelante a servir (...) por justas causas que (...) en cuya atención en la forma que mejor haya lugar para esto, traigo renuncia de él y lo pongo en manos de V.A. para que se sirva de mandar cesar (...) y les beneficie y (...) por gracia de vuestra Real Hacienda, si por juicio de las dos terceras partes (...) V.A. mandar a que la persona en que se hiciere el remate me las entregue (...) de lo hecho de lo que toca a esta Real Hacienda, pues el hallarme enfermo de achaques muy bastantes que padezco no me dan lugar a ejercitarlo, por lo cual suplico a V.A. me admita esta renuncia que hago como mejor convenga, y yo el Escribano Público doy fe conocer al otorgante que así lo otorgó y firmó en esta Villa de Nuestra Señora de la Asunción



Ars
médica

de Aguascalientes a diez y seis de octubre de mil setecientos y nueve años. Don Baltasar de Aguilera, don José Navarrete Argote y Carlos Xavier Gallardo vecinos de ella. Ante mí. Salvador Delgado Cervantes. Escribano Público de la Villa”.

Habiendo enviudado, contrajo nuevas nupcias con Ynés Ruiz de Esparza el día 27 de diciembre de 1710, según consta en los registros del Sagrario Metropolitano de Aguascalientes. Posteriormente el día 7 de marzo de 1729, Juan de Navarrete Argote, es identificado ya como examinado Maestro de Cirugía y Medicina, de edad de 50 años, por lo que su fecha de nacimiento debe haber sido cercana al año de 1679, de acuerdo al siguiente documento en el que participa como perito médico-legal en un juicio penal y que dice:

“En la villa de Aguascalientes a siete de marzo de mil setecientos veinte y nueve años, Yo dicho Justicia Mayor en vista de las diligencias por mí ejecutadas y decirse que el tal preso ha estado enfermo de tabardillo, del cual dice hallarse convaleciente, hice comparecer ante mí a Don Juan de Navarrete Argote, examinado Maestro de Cirugía y Medicina a quien recibí juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz, a cuyo cargo prometió decir verdad en lo que fuere preguntado y siéndolo; ¿qué accidente tiene? ¿Dicho preso? Después de haberlo pulsado lo metió a un aposento desnudo; y registró; y vistió y reconocido -Dijo que lo que tiene es estar molido y a lo que parece ser golpes contusos; por haber reconocido en los omóplatos una cicatriz del porte de Medio Real, que señala ser remate de algún golpe, y que estrujándole muslos, brazos, y las partes del cuerpo en donde podía haber recibi-

do los golpes declaró él mismo (...) estar aquejado y dolorido de las mismas partes que dicho Maestro declara; de donde infiere ser golpes recibidos y ejecutados por otra mano; y que no le halla indicación de haber tenido otro accidente epidemioso, y que esta es la verdad so cargo del juramento que dicho tiene y siéndole leído en él se afirmó y ratificó y declaró ser de edad de cincuenta años que no le [...] los generales y lo firmó conmigo y los testigos de mi asistencia, actuando en la forma dicha. Cristóbal Rodríguez Portugal y Francisco Muñoz de la Barra”.

En este mismo año ocurre otro suceso relacionado con el cirujano Juan Navarrete Argote como nos da cuenta el profesor Alejandro Topete del Valle, cronista de Aguascalientes, de la siguiente manera: “Don Juan de Navarrete Argote, venía atendiendo a una niña, hija de la mulata Juan de Hermosillo, esclava de don Manuel Alejandro Barragán, y tal día como el 12 de julio de 1729, al pasar la dicha esclava por frente de la casa de Nicolasa de Bustos, salió el Cirujano Navarrete y le preguntó que cómo seguía, o que cómo le iba a la niña y a ello respondió la mulata, diciendo, según algunos testigos, “que le iba mal” y según otros testimonios, “que cómo le había de ir con sus medicamentos de porquería”, a lo que indignado replicó el Cirujano: “Pues cómo no has avisado, pendexa”. Enojada la esclava con tal epíteto, dijo al de Navarrete-. “Ni como por cuenta de usted, ni le gano ningún salario para que me trate mal”, lo que fue suficiente para que nuestro Maestro Cirujano, enfurecido y gritándole a grandes voces: “Ah, p...”. Propinara un empujón y golpe a la esclava, que rodó por los suelos, no sin que la airada mulata le dijese: “que no lo había de hacer con un

hombre, que no faltaría quien le quebrara los cuernos...” Y aunque el dueño de la esclava había presentado querrela de tales golpes, el chusco incidente concluyó sobreseído, por perdón de la ofensa.

La última noticia que hasta ahora tenemos del cirujano Juan de Navarrete Argote en la villa de Aguascalientes data del 18 de octubre del mismo año de 1729.

